

Viguerie, J. de (2019). *Los pedagogos. Ensayo histórico sobre la utopía pedagógica*. Madrid: Encuentro, 138 pp.

En los actuales planes de estudio de las carreras del ámbito educativo, suele existir —en mayor o menor medida— asignaturas sobre la historia de la educación. Dentro de ellas, a su vez, revisten especial interés aquellas vinculadas directamente a las corrientes pedagógicas contemporáneas, en las cuales se suceden las principales figuras protagonistas de la llamada renovación educativa. Una renovación, cuyos precursores y exponentes son objeto de una crítica mordaz por parte del historiador francés Jean de Viguerie en su obra *Los pedagogos. Ensayo histórico sobre la utopía pedagógica*.

En su prólogo, Gregorio Luri pone en antecedentes al lector. Señala acertadamente el contexto ideológico del autor —quien llegó a formar parte del consejo científico del Frente Nacional francés durante los años noventa—, y no tiene inconveniente en apuntar al «incisivo aire de panfleto» que emana de su obra (p. 12). Por su parte, el objetivo de este ensayo está a la altura de la propia definición de Luri: liberar al niño «de las mentiras de la utopía reconociendo su inteligencia innata y su memoria y liberándole de la opresión manipuladora de los pedagogos». (p. 17). En definitiva, un ataque frontal a este actor educativo en una perspectiva histórica que finaliza en nuestros días.

Este tipo de adjetivos recorren los diferentes capítulos dedicados a un total de catorce pedagogos trascendentales a los cuales el historiador francés enmarca

dentro de la denominada *utopía pedagógica*. Y es precisamente en su crítica —y en su modo de hacerla— donde reside la principal particularidad y fortaleza de este libro: Viguerie se preocupa por dialogar directamente con los pedagogos, y para ello cita las ideas de sus principales obras y responde a ellas. Sus críticas, como se verá a continuación, se centran en evidenciar las contradicciones de estas teorías educativas y cuestionar algunos de sus principios, de acuerdo a cuatro máximas: las concepciones del niño, de la inteligencia, del saber y del papel que cumple el educador.

El autor da comienzo con Erasmo de Rotterdam, humanista a quien achaca el nacimiento del *pedagogismo*. En él centra una de las principales críticas que se repetirá sucesivamente en la mayoría de los autores analizados: su poca o nula experiencia en la enseñanza. Viguerie condensa la teoría erasmiana en torno a tres pilares: el conocimiento de las cosas a través de la palabra, la instrucción como creadora del ser humano, y la paradójica aptitud del niño para las letras a partir de los tres años de edad. Paradójica porque precisamente, a partir de Erasmo aparece una crítica que se sucederá constantemente en el resto de pedagogos: el niño es concebido como un sujeto pasivo sin inteligencia innata, como un ser inconsistente que depende de un maestro que le modele —como si se tratase de un alfarero— y al cual hay que mentir si es necesario para lograr que aprenda.

Con Juan Amos Comenio ocurre algo similar. Parte de la misma crítica a su concepción del niño como una *tabula rasa* sobre la cual el maestro debe

imprimir, verter y moldear el conocimiento. No obstante, Comenio va más allá respecto a Erasmo en su idea sobre la instrucción, pues la concibe como el eje para la creación del hombre. De hecho, según él, se debía enseñar todo a todos, algo con lo que Viguerie discrepa frontalmente. Señala que por muy bueno que fuera su método, no podría garantizar el éxito de todo el alumnado. Asimismo, se trata de un autor que prescinde de materias como la filosofía y la moral, con aversión hacia los autores paganos y los libros. En esta línea, infravalora la memoria, y concibe la escuela como una fábrica o máquina accionada por un método que crea hombres. En términos del historiador francés, esta inquietante representación de la escuela da lugar al *mesianismo escolar*.

En tercer lugar, se encuentran los denominados pesimistas, Pierre Nicole y Bernard Lamy. En estos clérigos, discípulos de Descartes, aparece otra de las grandes críticas que el autor de esta obra hilvana en gran parte de los pensadores recogidos: el desprecio a las letras y el cuestionamiento del saber. Para ambos, el deseo de saber deriva en un pensamiento caótico para el niño, prescindiendo de la historia —entendida como un cúmulo de hechos confusos y personajes poco recomendables— y de la filosofía —enseñando solo a Aristóteles, Platón y al propio Descartes—. Siguiendo esta línea, de John Locke también se critica su falta de interés por incorporar la filosofía en su modelo educativo, su infravaloración de la memoria y su interés por cuidar la reputación como un fin para los niños. Además, y en la línea de la teoría

de Erasmo, el autor también cuestiona su defensa del engaño como un medio para alcanzar el aprendizaje.

Jean Jacques Rousseau es también objeto de crítica para Viguerie. De su teoría educativa, el autor no se muestra convencido sobre el ideal de la educación negativa, pues con ella se establecen juicios a partir de la experiencia práctica y no a través de la filosofía, los discursos o las teorías. Rousseau odia los libros —como Comenio— y no quiere que el niño desarrolle la voluntad por el saber, y en especial por el uso de la palabra. Según su planteamiento, considera que el niño no debe apresurarse por hablar, evitando la enseñanza de disciplinas que inciten a ello, lo que en consecuencia repercute en su capacidad de formular ideas.

Por su parte, del marqués de Condorcet se pone de relieve su programa educativo laico, antihumanista y antiliterario, dado que rechaza el saber antiguo —a excepción de Plutarco y Voltaire—. En este sentido, el *utopista* francés considera a las ciencias superiores, pues asocia las humanidades a la subjetividad, concluyendo que las opiniones no deben enseñarse como verdades. No obstante, Viguerie destaca que según el ideal educativo de Condorcet, el maestro goza de alta consideración social y otorga una función educadora a los padres.

El autor continúa con Víctor Considérant, discípulo de Charles Fourier. De él se cuestiona su retórica —que relaciona la escuela a la industria—, su anteposición de la práctica al conocimiento e inteligencia —un principio que se repite en múltiples casos a lo largo

de la obra— y, sobre todo, su concepción del niño como un ser industrial, dejando fuera de su proyecto educativo a aquellos que desarrollan un interés por el saber a través de la lectura. Esta última idea expone una contradicción en *Considérant*, pues choca con su alabada diversidad de vocaciones.

Viguerie dedica un apartado específico a los llamados pedagogos de la *nueva educación*: Dewey, Claparède, Ferrière, Freinet y Piaget. A ellos les reconoce su aportación de la escuela activa o progresiva, en la cual el niño es capaz de aprender por sí mismo —con la ayuda de un equipo de enseñantes—. Una escuela que es objeto de crítica por parte del autor por su ausencia de silencio, obediencia, autoridad y libros. Una escuela que antepone la capacidad del maestro del saber hacer por encima del propio saber y cuyos fundamentos descansan en la filosofía idealista, materialista y estructuralista.

Por último, se encuentra Philippe Meirieu. Si bien el autor apunta que este pedagogo francés no desprecia el saber ni algunas de sus disciplinas, le considera un revolucionario por su planteamiento utópico de crear un mundo nuevo a partir de la escuela. Por su parte, indica que desde los postulados de Meirieu el niño carece de inteligencia, juicio y memoria, si bien el maestro posee toda la inteligencia humana. Finalmente, destaca

que se trata de un sistema excluyente —como en el caso de *Considérant*—, pues aparta a quienes no siguen su *religión pedagógica*, a quienes no quieren aprender bajo sus principios.

En sus conclusiones, Viguerie centra su crítica en los cuatro pilares anteriormente señalados, si bien finalmente reflexiona sobre cuestiones como la manipulación del niño —al cual no se deja leer y es engañado a través de juegos—, la sustitución de los contenidos intelectuales por los sociales y aplicados y el menosprecio a la familia, a la cual se niega generalmente su derecho a educar al niño. Podríamos afirmar que, en el revisionismo de la *utopía pedagógica*, el lector encontrará un discurso centrado en desmitificar una corriente pedagógica que actualmente goza de buena salud internacionalmente. En ocasiones, parece que el autor va más allá, señalando el carácter finito de este paradigma educativo y apuntando a una suerte de contrarreforma. No obstante, resulta llamativo que, en el repaso de los autores seleccionados, se haya hecho hincapié en los principios reduccionistas de sus teorías. En este sentido, cabría preguntarse si el propio Viguerie no ha pecado de lo mismo en su crítica, simplificando los discursos de los autores que cuestiona.

Carlos Sanz Simón  
*Universidad Complutense de Madrid*